

O D A M
= = = =

Iba paseando lentamente por las calles sombrías, llenas de una luz tan tenue y difuminada que apenas se hacía patente a la vista. Llovía. Caía el agua. Un agua apenas perceptible, unas gotas ligeras. Yo iba recordando al tiempo que mis pies avanzaban sin rumbo, recorriendo las sinuosas callejuelas de aquella ciudad milenaria. Recordaba el día en que le conocí. Llevaba un largo abrigo negro, viejo, desgastado por el uso y su cara alargada me pareció misteriosa, incluso atractiva, pero no bella. Tenía unos inmensos ojos azules, cuya profundidad parecía un infinito sendero de dulzura... Cuanto más los miraba más me iban encandilando y apresando. Fue una mirada fugaz, un instante sin importancia al que yo más tarde engrandecí. Le di los besos de rigor e intercambiamos unas palabras de cortesía. Aunque ya estaba cansada de tener aventuras con amigos, me di cuenta de que esta desconocida me hacía vibrar de una manera muy especial. El insistió en que nos viéramos y aprovechó las salidas a la hora del café para insinuarme una tentadora relación. Yo me negué. Sólo me quedaría cinco días más en aquella ciudad. No merecía la pena... Siguió insistiendo y al final me dio un beso furtivo. Fuso sus labios en mi frente y los deslizó suavemente por la nariz... hasta rozar mis labios. Sentí entonces un escalofrío y un placer incomprensibles, inexplicables. No lograba entender cómo un simple beso podía haberme producido aquella descarga emocional. Nos despedimos. Yo sin saberlo había sellado ya de algún modo mi vida.

Al día siguiente le volví a ver, estreché su mano y le abracé. Poco a poco iba sintiendo más cariño hacia ese ser misterioso y casi desconocido, del que sólo conocía su loca pasión por el ocultismo.

Fueron cinco días de afianzamiento de una amistad teñida con pasión y ternura. Nos separamos sabiendo que no nos veríamos en mucho tiempo, pero teniendo la seguridad de que pasara lo que pasara ese chispa de afecto seguiría en el mismo lugar donde la habíamos dejado.

Al cabo de diez largos meses, en los que ambos nos habíamos abandonado a los dulces placeres de los amorfios, se produjo el reencuentro. Yo casi había olvidado su rostro y apenas recordaba sus manías de misógino y nazista. Las cartas habían servido para no perder el contacto, pero en ellas no pudimos llegar a reflejar ese mundo interior que luchaba por salir, por plasmarse en un papel para dar cuenta al otro de la agonía del deseo. Le besé tímidamente sus labios carnosos, y mi nariz rozó la suya. Fue un deleite exquisito, como si probara un manjar exótico que hubiera quedado relegado al baúl de los recuerdos. Le sentí muy cerca de mí, como si ese paréntesis no hubiera pertenecido al mundo de la realidad, sino al de las sueños. Jugamos al amor en un frenesí de apasionamiento, como dos cachorros de león que se han extraviado y juegan para perder el miedo y la angustia que les produce el entorno. Éramos dos animalillos descontentos con el entorno, reticentes a las hipócritas muestras de afecto que nos procuraban los que nos rodeaban.

Allí le juré fidelidad, le prometí que mi corazón sería sólo suyo...y así lo hice. Fueron tres días que muy pronto tocaron a su fin. La felicidad que estuve a punto de saborear con mi propia boca, se desvaneció como si hubiera despertado en mitad de un sueño fascinantemente bello. Me quedó un rescaldo de decepción, al sentir que estuve a punto de alcanzar algo inmarcesible que se había esfumado justo cuando iba a rozarlo con la punta de mis dedos. Me sentía insatisfecha, decepcionada, sin poder precisar exactamente el motivo de mi ofuscamiento.

Pasaron unos meses, no sé precisar cuántos y volvimos a estar juntos. Esta vez el volcán tan bruscamente apagado, volvió a tomar vida con más fuerza y más rabia que nunca. No iba a permitir que me impidieran alcanzar esta vez la estrella lejana de la felicidad. No. Yo la alcanzaría.

Al vernos se estrecharon nuestros cuerpos, como resentidos por la espera. El me confesó que en ese tiempo había estado con

otra mujer, sin amarla, sólo por saciar su sed. Me pidió perdón. Me dijo que me quería, que me amaba, que me necesitaba... Pero yo no pude soportar aquello. Fue como una bala. La ira, la rabia, el orgullo se desataron en mí. Le odié por haber impedido que yo llegara a ser feliz. Mi egoísmo me llenó de tristeza. Mi soberbia me hizo llorar, pero no por haberlo perdido, no de celos, sino por haber visto truncadas mis aspiraciones de dicha eterna... Le grité. Le insulté. Le escupí a la cara todo el rencor acumulado. Le hice creer que todo había sido una farsa, que sólo había sido un juguete para mí, que yo jamás había sentido por él amor.

...Tal vez no lo haya sentido, pero nunca podré llegar a saberlo con certeza.

Mis pasos me llevaron a un bar. Allí terminó mi dulce paseo sin rumbo. Allí volví a encontrarme cara a cara con mi soledad. Mi única compañera. Porque ya ya sólo soy capaz de compartir mi vida con mis recuerdos. No sé porqué, pero hace tiempo que han pasado a ser ellos los únicos que me hacen feliz. Quizá sea mi sino: SOLEDAD.